

Vida deportiva

TIRO DE PICHÓN
El premio de S. M. la Reina Doña Cristina...

En una 'poule' a nueve pichones, ha sido disputada la magnífica copa de vermeil...

Los dobi
He aquí un nombre que ayer fué el que llevó a la mayoría de los aficionados...

Las James
Hoy hace justamente ocho días que con motivo de la subida de la Cuesta de las Perdices...

Los coches
Ayer, en la carretera de Aragón y en las inmediaciones de Torrejón de Ardoz...

COCHECITOS VICTORIA

La mejor voiturette de construcción nacional
Exposición y venta: Príncipe de Vergara, 8. MADRID

REGISTRADORAS "NATIONAL"
Purgaos sin que os cueste nada!
Con objeto de demostrar a todo el mundo la superioridad incontestable de las Píldoras del Dr. DEHAUT...

tiempos poseemos, por haber sido presentadas protestas contra algunas máquinas y autociclos.
Esta noche dictará su fallo el Jurado...

Segundo, Marcelo Beltrán (padre). Tiempo medio, 51 1/5 segundos.
Tercero, Isidoro Sarto. Tiempo medio, segundos 52 1/10.

Segunda categoría. —De 301 a 500 c. c.—Primero, Marcelo Beltrán (hijo). Tiempo medio, 41 4/10 segundos.

Segundo, Pedro Ceballos. Tiempo medio, 38 7/10 segundos.
Tercero, Antonio Aguado. Tiempo medio, 42 segundos.

Autociclos.—Novena categoría, de 1.001 a 1.250 c. c. Primero, Mauricio Dalmau. Tiempo medio, 50 9/10 segundos.

Los James
Hoy hace justamente ocho días que con motivo de la subida de la Cuesta de las Perdices...

Los coches
Ayer, en la carretera de Aragón y en las inmediaciones de Torrejón de Ardoz...

El especialista herniólogo D. Pedro Ramon en Madrid
Los días 14, 15, 16 y 17 del corriente mayo recibirá en el Consultorio...

ANGLO-SOUTH AMERICAN BANK. LTD.
CASA CENTRAL: 62, OLD BROAD STREET, LONDRES
Capital y Reservas, más de 8.000.000 de libras esterlinas.

El hipódromo de la Castellana ofrecía ayer un hermoso aspecto, pues era imposible dar un solo paso; tal era la cantidad de público que acudió...

HIPICA
Las carreras de ayer en Madrid
El hipódromo de la Castellana ofrecía ayer un hermoso aspecto...

El resultado oficial de las carreras de ayer ha sido:
Primera.—Premio Persimmon (a reclamar), 2.200 pesetas.

Segunda.—Premio Santander (handicap), 2.300 pesetas.
Primero, Pax, del barón de Velasco...

Primera, Roi de la Lande, del duque de Toledo, montado por Riolfo.
Tiempo, 4 m. 7 s. 1/5.

Segunda.—Premio Peringundin, 2.300 pesetas.
Primero, Frimoussette, de la Escuela de Equitación...

Primero, Kopek, del marqués de Aldama, montado por Vicente Díez...

Segunda.—Premio Alfonso XIII, 10.000 pesetas de S. M. el Rey.
Primero, Kopek, del marqués de Aldama...

EL MEJOR PURGANTE
LAZANTE DEFENSIVO
SEDLITZ CHARLES CHANTEAUD
ESTREMIENTO

BOLSA DE MADRID

Table with columns: FONDOS PUBLICOS, Día 8, Día 10. Lists various public funds and their values.

BOLSA DE BARCELONA

Interior, 72,35.—Exterior, 84,25.—Amortizable 4 %, 00,00.—Amortizable 5 %, 97,10.

La Harina Lacteada Nestlé
es el mejor sustitutivo de la leche materna.
Millones de madres de todos los paises lo proclaman así.
LA HIGIENICA
Agua vegetal de Arroyo, prem.ª en varias Exposiciones científicas...

MARMOLEJO
De creciente éxito en el tratamiento de los enfermos del estómago, hígado, bazo, riñones, vejiga, intestinos, diabetes sacarina, cloroanemia, etc.

Boletín religioso para mañana

Martes 11 de mayo de 1920
Santos del día.—Santos Antimio, Evodio, Máximo, Anastasio, Sisinio, Dioclecio, Florencio y Mamerto, mártires; Iluminado y Francisco de Jerónimo, confesores, y Santa Felisa, mártir.

Agua de Solares

Indicada para los enfermos gastrohépaticos.
Reina, 45 duplicado.—Teléfono 29-29

REGISTRADORAS "NATIONAL" MODELOS ULTRAMODERNOS
Preciados, n.º 11, principal.

El especialista herniólogo D. Pedro Ramon en Madrid
Los días 14, 15, 16 y 17 del corriente mayo recibirá en el Consultorio, Arrieta, 11, bajo.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS
Capital social: 12.000.000 de pesetas efectivas, completamente desembolsado.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS
Capital social: 12.000.000 de pesetas efectivas, completamente desembolsado.

Las más lindas toilettes están en
LA VILLA DE PARIS
Tailleurs - Visitas - Soirée

LA MODA AL DIA

Para admirar elegancias
:: HOTEL RITZ ::
Comidas - Tés - Bailes

A LAS LECTORAS

III

EL ARTE EMBELLE- CERSE EN LA ANTI- GÜEDAD : : : : :

Entre los cosméticos singulares debe referirse el inventado por Popea, esposa de Nerón, para conservar la morbidez y pastosidad de la piel, y que por el nombre de su inventora recibió el de «Popea pingüria». Este cosmético, que no era otra cosa que una pasta de miga de pan empapada en leche de burra, con la cual se embadurnaba y cubría la cara, cuello y pecho durante la noche y que se secaba y agrietaba, debía ser de un uso muy incómodo; por esta causa fué objeto de las sátiras y burlas de Juvenal y de algún otro poeta latino.

La leche de burra era considerada como un excelente cosmético, y Plinio cita la costumbre que tenían algunas mujeres de lavarse con ella varias veces al día. El mismo naturalista refiere que Popea usaba con frecuencia baños de esta clase de leche.

Entre las romanas y en otras muchas naciones de la antigüedad, la saliva humana era uno de los principales ingredientes de sus afeites. La esclava desleía con su saliva los afeites y los ponía en disposición de extenderse sobre el cutis de su ama. A fin de que aquel líquido fuese oloroso, la esclava encargada de prepararlo tomaba todas las mañanas unas pastillas aromáticas. Antes de comenzar a desleír el afeite, echaba su aliento sobre un espejo de metal, que eran los que entonces se usaban, y lo presentaba a su ama para demostrarle que su saliva era pura y de olor agradable.

Si de las principales naciones civilizadas antiguas de Europa y África pasamos a las del Asia, veremos también a las mujeres turcas pasar largas horas en sus hañeres tiñéndose las cejas y pestañas con el «sarmé», polvo negro e impalpable que, análogo al «stibium», conservan dentro de un frasquillo cerrado con un tapón que lleva unido a él un alambre de plata. Sacando con este alambre una cantidad de polvo y metiendo aquél junto al lagrimal, cierran los párpados, y tirando con suavidad hacia la sien, quedan marcadas dos líneas negras alrededor del ojo, con cuyo artificio parecen mayores y más abiertos.



No es precisamente porque sea romántica el que haya elegido este vestido «de estilo», sino porque el raso negro aclarado por un chaleco pliseado blanco, sienta maravillosamente a su rostro pálido como la luz de la luna.



Baja los ojos, un poco avergonzada de que la siluetemos en un día en que le ha salido un pelinado tan feo, pero no vamos a fijarnos mas que en su vestido, de grueso crespón azul, bordado con motivos coral.



Hace que aspira el perfume de esa rosa por poner un bonito gesto; en secreto os diré que la rosa es artificial, que el vestido, de sarga verde oscuro, tiene a los lados dos volantes plegaditos y que el cuello-pechero, puede ser de la misma tela.

Esto, que es un atractivo para los turcos, no es tan agradable para los europeos, porque da demasiada dureza a la mirada. Sin embargo, si esta costumbre se halla muy generalizada en la Arabia, la Siria y otros países cálidos, así entre los hombres como en las mujeres, acaso no se deba sólo a que se emplee como adorno, sino también para defender a los ojos contra la intensidad de la luz, demasiado viva en estos climas.

En fin, sería prolijo enumerar los infinitos cosméticos y afeites usados, así en la antigüedad como en épocas menos remotas, en las diversas naciones de la cultura Europa, en las comarcas civilizadas de Asia y América o en los pueblos salvajes de todo el Mundo. Basta con todo lo que he venido describiendo, y estoy por añadir, adivinando el pensamiento de alguna lectora, y sobra, pues de ninguna utilidad parece que pueda ser todo lo que vengo diciendo estos días. Sin embargo, no dudo de que al leer ciertos preparados os habrá extrañado ver hasta qué punto llegaba el afán de conseguir o conservar la belleza que inducía a las mujeres a aplicarse preparados tan extraños y antihigiénicos la mayoría. Con esto podéis establecer comparaciones de la diferencia que existe entre los ingredientes de antaño y los de ahora, y la satisfacción que sintáis ahora al hacer vuestra «toilette» será mayor si pensáis en que, gracias a los adelantos, os veis embellecidas a costa de tan poca molestia y tan poco dinero.

El mejor dentífrico

Coraline

Pedido en todas
las perfumerías.

analogía lejana con los graciosos pájaros cuyo nombre llevan.

Introdujo el gancho en la cerradura, y después de algunos segundos de tanteo, encontró el resorte e hizo girar el pestillo. La puerta se abrió.

A pesar de la gravedad de sus funciones, los representantes de la justicia atravesaron el dintel con una precipitación fácil de comprender.

Retrocédieron casi en seguida, presa de un terror vago y de una turbación involuntaria y poderosa.

Ningún espectáculo horroroso se ofreció, sin embargo, a ellos en la primera habitación; pero se adivinaba fácilmente que algo terrible y siniestro estaba próximo.

El olor acre y nauseabundo de la sangre vertida se mezclaba con los perfumes en la pesada atmósfera.

Estos olores tan desemejantes oprimían como las asfixiantes emanaciones del carbón; los pulmones se negaban a absorber este aire espeso, cargado con los miasmas de la muerte.

Los magistrados ya no dudaban; sabían con anticipación que iban a encontrar un cadáver en la segunda habitación.

Después de dejar que el aire exterior tuviera tiempo de penetrar en esta cabaña, tan miserable por fuera y tan lujosa por dentro, se armaron de valor y levantaron el portier de seda blanca con rayas color púrpura que separaba el saloncito del tocador.

Ya sabemos que el cuerpo de Jorge de Grancey, tendido sobre el sofá, fué el primer objeto que se ofreció a sus miradas.

La sangre escapada de la herida mortal se había cuajado; surcaba el traje del marqués y formaba sobre la alfombra una mancha enorme de un color rojo sombrío y casi negro.

La cara de Jorge no ofrecía el asqueroso y repugnante aspecto de los semblantes de ciertos cadáveres.

Sus facciones nobles y bellas conservaban su forma tan pura y parecían haber sido talladas por el cincel de un hábil artista en un bloque de mármol blanco teñido de azul y violado pálido.

—¡E. asesinato es manifiesto—dijo el

juez superior al juez criminal, examinando la profunda herida por donde el alma había abandonado el cuerpo—; pero confieso que sin la fuga de M. le Vaillant, fuga que ponen en nuestras manos un arma formidable, sería muy difícil formular contra él una acusación de asesinato, porque en fin, nada nos prueba que sea su mano la que haya dirigido el golpe fatal.

—Su mujer le acusa...—murmuró el juez criminal.

—¿Condenaréis a muerte a un hombre por la simple declaración de una mujer vengativa que lleva en su venganza un móvil desconocido?—preguntó el primer magistrado.

—No, ciertamente.

—Pues bien, nos hallamos en ese caso. Madame le Vaillant quiere perder a su marido. ¿Por qué? Lo ignoro. Pero quiere perderle. Eso es tan luminoso como el sol. Busquemos las pruebas que faltan. La luz se hará sin duda, y primeramente procedamos por orden: examinemos el estado de los lugares; demos cuenta de los menores detalles y redactemos un proceso verbal circunstanciado. Haremos en seguida el traslado del cuerpo de monsieur Grancey, que debe ser llevado a su palacio y puesto en su alcoba, que se metamorfoseará, según costumbre, en cuarto mortuario. Igualmente será urgentísimo hacer salir sin tardanza un correo para transmitir la funesta noticia al primer ministro y a la familia del marqués.

Uno de los agentes, que llenaba las funciones de secretario del juez superior, había colocado los papeles marcados con el timbre real y el vulgar tintero de cuerno que no abandona nunca los bolsillos de los agentes de policía, sobre aquel precioso tocador lleno de blondas, cuya luna reflejaba en otro tiempo la divina belleza de Carmen, mientras que la joven reparaba con mano perezosa el desorden de su larga cabellera, desatada por el amor.

La pluma estaba pronta a escribir bajo el dictado del primer magistrado de la ciudad.

Pero este último no dictaba aun, y parecía absorberse por completo en el or-

del poste indicador que señala la entrada del camino aun no recorrido y que acaso conduzca al fin...

—Pues bien, caballero, creo firmemente que se ha cometido un crimen...

—Muchas personas lo creen como vos. Pero lo que importa conocer es la base en que descansa vuestra convicción.

—M. de Grancey tenía un enemigo.

—¿Estáis segura de ello?

—Estoy segura... Tengo pruebas...

—¿Quién era ese enemigo?

—Mi marido.

—¿Cómo, señora?—exclamó el magistrado estupefacto—. ¿Sospecháis, denunciáis a M. le Vaillant?

—¡Dios me libre!

—Sin embargo, vuestras palabras parecen implicar una acusación. Creéis en un crimen, señaláis la existencia de un enemigo, y este enemigo, según vos, no es otro que vuestro marido.

—¿Qué pretendéis deducir de ello?—interrumpió Carmen.

—Señora, un juriconsulto antiguo tenía por costumbre el decir: «Busead a quien aprovecha el crimen...» Si un hombre cae asesinado, y si este hombre no tiene mas que un enemigo, lógico es sospechar de este enemigo...

—Tengo la certidumbre de que mi marido es incapaz de toda mala acción; pero creo posible que un amigo demasiado fiel, o que un servidor ciegamente fanático haya asesinado al marqués de Grancey, por su cuenta, sin orden suya y sin su aquiescencia.

—Eso es en efecto posible, y buscaremos en esta dirección. Pero me veo obligado, señora, a dirigiros una o dos preguntas... de una naturaleza muy delicada...

—Hacedlas, señor. Si os he suplicado el venir, es porque estoy pronta a responderos... sean cualesquiera las cosas que tengáis que preguntarme.

—Primeramente, señora, necesito rogáros me digáis cuáles eran los motivos del odio de M. le Vaillant hacia el marqués de Grancey.

—Uno solo, los celos—contestó Carmen sin yacilar

—¡Los celos!—repitió el juez superior caminando de sorpresa en sorpresa.

—Sí, señor. Esa pasión siniestra que desde que el mundo existe ha encendido tantos volcanes y hecho derramar tanta sangre.

—Señora—replicó el magistrado con una turbación visible—, perdonadme, os lo suplico de nuevo, porque voy a formular una pregunta indiscreta y casi inconveniente... Me creo autorizado por vuestra misma franqueza... M. le Vaillant, como acabáis de decirme, estaba celoso... ¿Pero tenía derecho para estarlo?

—No, señor; no tenía derecho para sospechar de su mujer...; conozco mis deberes y los respeto...

—Sin embargo, el marqués de Grancey ¿os amaba?

—Por lo menos, me lo decía.

—¿Y le permitíais que os lo dijera?

—¿Por qué no? Una mujer, cuando está segura de sí misma, puede escuchar sin peligro las palabras de un hombre galante...

El magistrado no creyó deber tomar acta de la teoría un poco atrevida que Carmen acababa de exponer.

—¿Estos celos—añadió—han producido algún funesto altercado entre M. le Vaillant y el marqués de Grancey?

—M. le Vaillant, mal aconsejado por una pasión que no raciocina, rogó al marqués que no nos honrase más con sus visitas.

—¿Qué hizo entonces M. de Grancey?

—No volvió y me escribió...

—¿A vos, señora?

—Naturalmente.

—¿Y habéis recibido sus cartas?

—No podía hacer otra cosa. Llegaban hasta mi cuarto sin que me fuera posible adivinar quién las había traído. Debo añadir, por otra parte, que me hubiera desolado disgustar con una negativa a este amable gentilhomme, con el cual mi marido cometió faltas graves.

—¿Duró mucho tiempo esta correspondencia?

—Dos meses, próximamente.

El notable pintor español, recientemente fallecido, nació en Gijón en 1862. Ya en 1880 ingresó en la Escuela de Pintura, y el año 81 hizo en Oviedo oposiciones a una plaza de pensionado de número que la Diputación de Asturias anunció para el estudio de la pintura en Madrid, plaza que le fué otorgada por unanimidad por la Academia de Bellas Artes de aquella ciudad y que no disfrutó porque luego la Diputación provincial concedió la prebenda a otro de los opositores.

Ello dió lugar a que la Prensa protestara del despojo; pero Martínez Abades no se inquietó por ello. Vino a Madrid, y trabajando con ahínco, logró presentar el cuadro «La muerte de Mesalina» en la Exposición de 1884, que fué tan bien acogido que obligó a la Diputación de Asturias a conceder la pensión que antes habíale negado.

Después fué este artista pensionado a Roma, y de ahí envió a Oviedo el cuadro titulado «El Viático a bordo», que figuró en la Exposición de Madrid de 1890.

De esta obra dió un crítico: «El mar que Martínez Abades presenta en el cuadro «El Viático a bordo» es el mar que tantas veces ha copiado; aquellas aguas están trasladadas con admirable verdad. El mar en calma, el mar convertido en cristalino lago. Parece que el terrible elemento se da cuenta de la escena que pasa sobre él y enmudece, se aquieta para que el ministro de Dios lleve confiado el espiritual auxilio al que va a morir lejos de su patria, sin más consuelo que el de la religión. Pero al expresar este poético pensamiento desaparece en parte el gran marinista y se nos ofrece el pintor dibujando figuras, agrupándolas, dándolas expresión».

En aquella Exposición de 1890 ganó Martínez Abades una medalla de segunda clase. En el mismo año concurrió a la Exposición de Bellas Artes con otra obra hermosa, «Recuerdos del Cantábrico», y al año siguiente presentó cinco cuadros: «Estudios del agua», «Playa de San Lorenzo» (Gijón), «Altos Hornos» (Bilbao), «En bahía» y «Un emigrante». Según la crítica, este último es el mejor de los cinco.

Otro cuadro, «El entierro del piloto», le valió otra segunda medalla.

Martínez Abades se dedicó en los últimos días de su vida a la música y hacía también la letra de los cuplés.

Era un caso verdaderamente extraordinario.

No hizo una sola tonadilla que no se haya popularizado. Componía los números completos, como decimos; pero no era eso sólo, sino que, además, preparaba con gran acierto a las artistas que iban a cantarlos, y así el triunfo era seguro.

¿Qué cómo siendo un admirable pintor dejó descansar los pinceles para dedicarse a este arte de componer música frívola, de hacer cuplés?

MALA ENTRAÑA

Creación de RAQUEL MELLER

Letra y música de J. MARTÍNEZ ABADES

PIANO. *f*

VOZ. *pp*

Cuan-do tris-te que-do so-las en mi-al-co-ba le pre-gun-to a las-tan-pi-ta de la

Vir-gen que-he-cho yo pa-ra que-a-sí tan mal te por-tes que lo que-ha-res tu con-mi-gos ca-si ut-ri-men. Mi-ra

ni-ño que la Vir-gen lo ve to-do y que sa-be lo ma-li-to que-tu e-res que que-ríen-do te yo a li con fa-ti-

-gui-tas el a-mor bus-cas tu de-o-tras mu-je-res Se-rra-ni-lló, se-rra-ni-lló no me

ma-tes gi-ta-ni-lló ¡Que ma-la-en-tra-ña tie-nes pa mí! ¿Co-mo pue-ser a-

-sí? Dos veces

Es pregunta no difícil de contestar.

Martínez Abades, gran apasionado a la música, hizo unos cantares y los músicos. Una artista de «varietés» los estrenó y el éxito que obtuvo fué grande.

Esto le estimuló a dedicar las horas libres a estos menesteres, y la realidad le vino a demostrar que tenía una rara facilidad para hacer números originales y graciosos, que eran llevados por las más afamadas estrellas, que se disputaban el honor de estrenarlos, y mientras tanto Martínez Abades cobraba del «pequeño» derecho «grandes» sumas.

De sus cuplés nada hemos de decir nosotros. Son tan populares y tienen un sello tal de originalidad, que les da el estilo especial de Abades, que basta oírlos para descubrir al autor.

Algunos han dado y dan aún más dinero que una obra teatral de las de mayor éxito.

Se ha dado el caso de cantarse un solo cuplé de Abades en un día, en España, más de cien veces, por otras tantas artistas.

¿Se comprende ahora por qué aquel pintor notabilísimo hacía tonadillas?

Letra de MALA ENTRAÑA

I

Cuando triste quedo a solas en mi alcoba
le pregunto a la estampita de la Virgen:
¿Qué te he hecho yo para que así tan mal te
que lo que haces tú conmigo es casi un crimen?
Mira, niño, que la Virgen lo ve todo
y que sabe lo malito que tú eres,
que queriéndote yo a ti con fatiguitas
el amor buscas tú de otras mujeres.
Serranillo, serranillo;
no me mates, gitanillo;
¿Qué mala entraña tienes «pa mí!»
¿Cómo «pue» ser así?

II

Con palabras zalameras y engafiosas
me decías que me amabas ciegamente
y que viéndote en el fondo de mis ojos
comprendías tú la vida solamente.
Se oíste que de veritas tan de cerca
te ha cansado de mis ojos el reflejo,
pues, ingrato, tus promesas olvidando
para verte ahora buscas otro espejo.
Serranillo, etc.

III

¿Cuántas veces en mi reja me sorprendes
los primeros resplandores de la aurora,
esperando por si alguna vez te acuerdas
de esta pobre enamorada que te adora!
Pero tú quizá, gozando otros placeres,
ni un momento pensarás en que te espero,
y entretanto que dichoso así me olvidas,
de dolor esperándote me muero.
Serranillo, etc.

—¿Qué hacíais de las cartas de monsieur de Grancey después de leerlas?
—Las quemaba.
—¿No sorprendió ninguna vuestro marido?
—Una sola, de la que se apoderó por violencia.
—¿Cuándo?
—Anteayer.
—¿Os acordáis de su contenido?
—Sí.
—¿Qué os decía M. de Grancey en esta carta?
—Me suplicaba que no le desesperara por más tiempo con mis rigores, me conjuraba a concederle una cita de algunos minutos, me hablaba de una casita donde, según decía, podría ir sin ser vista y sin despertar sospechas, y que acababa de comprar expresamente para recibirme en ella, en una callejuela desierta que hay detrás de los muros de mi jardín.
El magistrado prestó oídos como un caballo de batalla a los primeros sonidos de la trompeta guerrera.
—¿Una casita—repitió—en una callejuela desierta?
—Sí, señor. Os he repetido las expresiones textuales de la carta del marqués.
—¿Y M. le Vaillant ha visto esta carta?
—Me la arrancó de las manos a pesar de mi resistencia, martirizándome las muñecas, y se la llevó a su cuarto, donde se encerró.
El juez superior reflexionó por un momento.
—Señora—dijo en seguida—, tenéis razón: vuestras comunicaciones son de la más alta importancia... Es indispensable que vea a M. le Vaillant y que le vea ahora mismo. Tendréis la bondad de hacerle prevenir de mi presencia y de mi deseo.
Carmen miró al magistrado con aire de asombro perfectamente imitado.
—¿Cómo, caballero—exclamó—. ¿Ignoráis, pues, que mi marido no está aquí?
—Con efecto, señora, lo ignoraba.
—¿Cuándo se ha marchado?
—Ayer por la mañana.
—¿De qué modo?
—A caballo.

—¿Acompañado?
—No, señor, completamente solo.
—¿A dónde ha ido?
—No lo sé.
—¿Cuándo debe volver?
—Lo ignoro.
—¿Cómo puede ser, señora, que no sepáis nada de todo esto?
—M. le Vaillant no había prevenido a nadie de su partida... Partida tanto más inexplicable, cuanto que debíamos marcharnos algunas horas más tarde, embarcarnos y darnos a la vela para la Habana, donde tengo propiedades. Se ha marchado bruscamente, de improviso, dejándome desmayada a consecuencia de una espantosa escena de celos que acababa de tener conmigo. No he sabido lo que pudiera llamar su fuga hasta que volví en mí al cabo de una hora, y esta noticia inesperada me turbó hasta el punto de volver a desmayarme, cuyo desmayo se prolongó hasta la noche. La última persona de esta casa a quien mi marido dirigió ayer la palabra, es un viejo criado que desde hace cuarenta años estaba al servicio de mi suegro. ¿Queréis interrogarle?
—Sí, señora.
Carmen ordenó que se le presentara Céfiro Coquín.
El ayuda de cámara no se hizo esperar.
—Amigo mío; ¿qué os dijo ayer vuestro señor cuando os dejó?—le preguntó el magistrado.
—M. Oliverio me ha dicho: «Dame la mano y no me olvidéis», respondió Céfiro.
—¿Es eso todo?
—Entonces yo le he dicho: «Pero, señor, ¿dónde vais?» Y él ha respondido: «Al fin del mundo.» Como me parecía un poco lejos, añadí: «¿Cuándo volveréis?» Volvió hacia mí la cara con aire triste y dulce, y después, picando a su caballo, que partió al galope, me gritó: «¡Nunca!»
—Está bien, amigo mío—dijo el magistrado—; podéis retiraros.
Céfiro salió.
—Y bien, caballero—preguntó Carmen—, ¿qué resulta de todo esto?

El juez superior preguntó en vez de responder:
—¿Existe en vuestro jardín una puerta que comunica con la callejuela de que os hablaba M. de Grancey en su carta?
—Sí, señor.
—¿Tenéis una llave de esta puerta?
—Me es imposible decíroslo. Los criados lo saben, sin duda; pero yo lo ignoro. Paréceme probable, sin embargo, la existencia de esta llave... ¿Queréis que llame y que me informe?
—No, señora; es completamente inútil que os toméis esta molestia.
—¿Sería tan fácil...?
—Os doy mil gracias; pero os repito que es inútil... por lo menos en este momento.
El magistrado se levantó.
—¿Os vais, caballero?—preguntó Carmen.
—Sí, señora; pero antes de la noche tendré el honor de volveros a ver... y si creo en mis presentimientos, será para anunciaros que al fin, gracias a vos, hemos encontrado la clave del enigma terrible que preocupa a toda la ciudad.
Y el juez superior se alejó, diciendo:
—Todo esto es raro. ¡Seguramente esta mujer ha delatado a su marido, sabiendo bien lo que hacía! En este momento las apariencias forman pruebas terribles contra Oliverio Vaillant; pero las apariencias engañan a menudo. En fin, antes de una hora sabré si son verdades... ¡Es muy hermosa esta mujer! Pero me parece que bajo su belleza de ángel debe ocultar el corazón de un demonio...
—¿Jorge será vengado!...—pensaba Carmen al mismo tiempo.— ¡Todo va bien!...

XIX

Dos cifras y cinco sílabas y media.

El juez superior, al dejar a Carmen, fué al Palacio de Justicia e hizo llamar al juez del crimen, cuyas funciones equivalían a las de nuestros modernos jueces de instrucción.
Le puso al corriente de las inesperadas

declaraciones dadas por madame le Vaillant, y ambos, escoltados por tres agentes y un cerrajero, volvieron a tomar el camino de Ingouville; pero en vez de dirigirse hacia la suntuosa morada del armador, se ocultaron de modo que llegaron directamente a la callejuela de que había hablado Carmen.
Esta callejuela describía bruscos zizás sobre la vertiente más inclinada de la colina, serpenteando entre terrenos incultos y paredes de cercado.
Apenas si en toda su longitud presentaba dos o tres chozas, ocupadas por familias muy pobres.
Preguntados por el juez superior los habitantes de la primera de estas cabinas, indicaron de un modo exacto la situación de la casita vendida en el triple de su valor un mes o seis semanas antes por los pescadores a quienes pertenecía y cerrada e inhabitada desde aquel día.
—Seguid la callejuela hasta que veáis a vuestra derecha la puertecita del jardín de M. le Vaillant—dijeron—. Cuando estéis allí, continuad andando un centenar de pasos y veréis a la izquierda una barraca con tejado de paja y puerta encarnada. Esa es.
Al cabo de poco menos de diez minutos los magistrados y los agentes llegaron frente a la barraca de la puerta encarnada. La pequeña tropa se paró.
—Haced un llamamiento—ordenó el juez superior.
Uno de los agentes se destacó del grupo. Llamó por tres veces en las pintadas maderas, que gimieron, y gritó con fuerte voz:
—En nombre del rey y de la ley os mando abrir esta puerta.
Tan sólo el silencio respondió a la frase sacramental.
—Hemos cumplido—dijo el magistrado. E hizo señas al cerrajero, que sabía ya con qué objeto se le había llevado y que no pidió ninguna explicación.
Este hombre escogió en su saco de negro cuero uno de esos largos ganchos de hierro que los ladrones llaman «ruiseñores», ignoramos por qué, pues estos instrumentos de robo no ofrecen mas que una